



DAVID
JIMÉNEZ

DÍAS
SALVAJES

UNA NOVELA SOBRE EL CORAJE DE VIVIR

 Planeta

David Jiménez



Días salvajes

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© David Jiménez, 2024

Edición gestionada a través de Oh!Books Agencia Literaria

Poema Arco iris, de Mario Benedetti: © Fundación Mario Benedetti c/o

Schavelzon Graham Agencia Literaria www.schavelzongraham.com

Poema Todo asusta, de Gloria Fuertes: © Fundación Gloria Fuertes

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: mayo de 2024

Depósito legal: B. 6.960-2024

ISBN: 978-84-08-28732-2

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España



FIESTA

Bosco Zabala caminó por el trampolín tambaleándose, llegó hasta el borde, se desabrochó los vaqueros y dibujó en el aire una cascada que sorteó a varios bañistas y regó a una pareja que se besaba en la piscina.

—¡Lluvia amarilla, tortolitos! —gritó.

El anfitrión se volvió hacia sus invitados con una mirada burlona, abrió los brazos en cruz y se dejó caer de espaldas sobre el agua. En el descenso, tuvo tiempo de dar un último trago a la botella de Johnny Walker que sujetaba en su mano izquierda.

—¡Boscoooo! ¡Boscoooo! —lo jalearon voces ebrias y desentonadas.

Un éxtasis juvenil y desbocado recorría la fiesta del veinte cumpleaños del joven Zabala, heredero de la dinastía de banqueros más poderosa del país. Los borrachos danzaban sobre el césped embarrado, intercambiando abrazos y empujones. Líneas de coca volaban de bandejas donde poco antes se habían servido sándwiches fríos. Y dos gogós, traídas de Pachá, brincaban con los pechos desnudos sobre una cama elástica. Sus bikinis de lentejuelas colgaban de la encina centenaria que presidía los jardines de La Aurora, la mansión familiar que había acogido a tres generaciones del clan Zabala. Era una construcción

de mil ochocientos metros cuadrados, tres plantas, once habitaciones y seis baños, levantada sobre una hectárea de terreno en La Moraleja, la exclusiva urbanización del norte de Madrid. Azulejos de colores dibujaban en el centro de la piscina un escudo de san Jorge junto a una cita de san Agustín: «Dios no manda cosas imposibles».

—¡Boscoooo! ¡Boscoooo!

Los vítores continuaron mientras Bosco descendía al fondo de la piscina, donde ya no podía oírlos, aumentaron al ver que prolongaba la broma de su ahogamiento y solo perdieron fuerza cuando, transcurrido un minuto, su novia Natalia preguntó si no llevaba demasiado tiempo sumergido. Hubo cruces de miradas inquietas y encogimientos de hombros, mezclados con comentarios de desdén. Era Bosco. Otra de sus actuaciones. Nada de qué preocuparse. Pasaron otros diez, quince segundos. Las últimas risas se apagaron, reemplazadas por un murmullo de desconcierto. El frenesí dio paso a una parálisis contagiosa. De repente, todos se apremiaron a hacer algo, sin que nadie hiciera nada.

—Que alguien llame a la policía.

—No, a los bomberos.

—¡Hay que vaciar la piscina!

La fiesta se dividió entre quienes atendían la emergencia y quienes, desconociéndola, seguían a lo suyo. Bebían los sedientos a morro de botellas de licor, sin importarles el contenido; se besaban desconocidos, juntando sus cuerpos sudorosos; y cantaban los exaltados desde los balcones de la fachada principal, cubierta por flores trepadoras que llegaban hasta las chimeneas de La Aurora. El DJ, un andaluz pelirrojo y vivaz, iluminaba con sus láseres de colores siluetas que parecían a punto de convulsionar al ritmo de una versión tecno de *Umbrella*, de Rihanna.

Uno de los invitados se acercó al DJ y le informó de la desaparición del anfitrión. La música se detuvo de golpe y, con ella, los bailes, los brindis y los besos.

—Amigos, hemos perdido a nuestro querido Bosco —anunció el animador—. Os pido, por favor, que entre todos nos ayudéis a encontrarlo.

Los regazados se arremolinaron alrededor de la piscina. Iván Moncada, que había oído la llamada desde el interior de la casa, llegó a la carrera y fue el primero en lanzarse al rescate. Lo envolvió una niebla líquida y turbia, impenetrable para los focos de la piscina. Movi6 los brazos frenéticamente, palpó el fondo con las manos hasta cubrir media distancia y emergió para tomar aire, apartando los vasos de plástico, colillas y botellas vacías que flotaban a su alrededor.

—¡No está! —sacudió la cabeza jadeante—. ¡Joder, no está!

Otros amigos se sumaron a la operación de salvamento. Las cabezas de los voluntarios surgían aquí y allá, en un lateral y otro, en la parte más profunda de la piscina y donde se hacía pie, antes de desaparecer de nuevo bajo el agua.

Natalia, consolada en un corrillo, se cubría el rostro con las palmas de las manos. La novia de Bosco se zafó del grupo, caminó hacia el borde, descendió por la escalinata hasta que el agua cubrió sus rodillas y lanzó un grito histérico que estremeció al resto de invitados:

—¡Encuétralo, Iván! ¡Encuétralo, por Dios!

Nadie se sorprendió de que Iván Moncada liderara la búsqueda. Bosco era su mejor amigo, aunque no tenía la sensación de haberlo escogido. Estaba ahí en su primer día de colegio. En las clases de tenis del Real Club Moraleja. En los bautizos, comuniones y bodas a los que los arras-

traban sus padres. Aunque hubieran querido, no habrían podido escapar el uno del otro. Iván asumió desde pequeño que aquella amistad, además de ineludible, iría acompañada de un encargo adicional. Por razones que desconocía, los Zabala lo habían ascendido a la condición de «buena influencia» para su hijo.

—No dejes que haga tonterías —le había pedido María Zabala antes de partir a Nueva York en viaje de negocios—. Y tú —apoyó la palma de su mano en la frente de Bosco—. Recuerda que tengo...

—... telepatía de madre.

—Puedo ver todo lo que haces desde la distancia. Y él también —se santiguó mirando al cielo—. Y cuando nos despistamos, porque una madre no puede estar en todo y el Señor tiene mucho trabajo, el bueno de Iván me sustituye.

Guiñó un ojo al amigo de su hijo:

—Eres su hermano mayor.

—Cinco días mayor.

Ella pellizcó sus mofletes:

—Pue eso.

—Deja a los chicos. —María notó que su marido, Lorenzo Zabala, tiraba de ella mientras lanzaba a los muchachos una mirada cómplice. Llevaba los periódicos de la mañana bajo el brazo y vestía pantalones blancos, camisa rosada, americana azul y, a pesar del calor, un fular con lunares amarillos alrededor del cuello—. Ya son mayorcitos.

María daba al día siguiente el discurso inaugural de la Global Banking & Investment Conference de Nueva York. Desde la muerte de su padre, Ignacio Zabala, cinco años

antes, presidía BanKapital, la mayor entidad financiera del país por valor bursátil, clientes y mercado hipotecario. La llegada a la presidencia de una mujer fue recibida como prueba de modernidad por unos y como una confirmación de sus privilegios de cuna por otros. María había asumido como inevitables aquellas dudas que leía en las miradas condescendientes de los miembros de su Consejo de Administración, en el trato paternalista que le dispensaban en los círculos de poder o en los comentarios de prensa que atribuían el aumento de beneficios, la mejora del dividendo o la expansión de las sucursales de BanKapital a Salvador Galán, la mano derecha de su padre hasta su muerte. Los empleados del banco lo conocían como el Regente. Y aunque María Zabala fingía no prestar atención a las insidias que la relegaban a un papel simbólico, descontando sus méritos, a nada dedicaba más energías que a desmentirlas.

El chófer de la familia abrió la puerta del Bentley y el matrimonio se subió a la parte de atrás, donde los esperaba la hija pequeña de ambos, Lucía. Un guardaespaldas ocupó el asiento del copiloto. Mientras sorteaban las callejuelas de La Moraleja en busca de la autopista al aeropuerto, Lorenzo bromeó:

—Espero que la casa siga en pie cuando volvamos.

María ignoró el comentario de su marido, sacó de su maletín el borrador de su discurso y lo repasó durante el trayecto.

Iván llenó sus pulmones de aire y descendió de nuevo al fondo de la piscina, prometiéndose no volver a la superficie hasta dar con Bosco. Esta vez las fuerzas lo abandonaron enseguida. Un peso insoportable oprimía su pecho y

le costaba aguantar la respiración, angustiado por el temor a que el tiempo se estuviera agotando. ¿No lo había hecho ya? ¿Cuánto podía aguantar alguien bajo el agua atiborrado de alcohol y drogas? Intentó zafarse de los voluntarios que chapoteaban desorientados y solo dificultaban la búsqueda. Salió a la superficie, abatido por un nuevo intento fallido, y se sintió culpable por pensar que la estupidez había alcanzado al fin a su amigo: su empeño por caminar siempre al borde del precipicio convencido de que habría alguien al otro lado para sujetarlo en la caída. La imprudencia disfrazada de valentía, irracional y exhibicionista. Su incapacidad para escuchar a nadie más que a sí mismo. Cayó en la cuenta de que tendría que ser él quien diera a sus padres la noticia —«No dejes que haga tonterías»— y volvió a sumergirse en un último intento de encontrarlo, ya sin esperanzas.

En mitad de la confusión, nadie se había percatado de que Bosco llevaba un tiempo fuera del agua, oculto tras el tronco de un árbol. Aprovechó el barullo para entrar de nuevo en la piscina, desplazándose agazapado por el borde hasta que llegó a la altura de Natalia, que lloraba su desaparición. El joven heredero descendió hasta el fondo, apoyó ambas plantas de los pies en el suelo, cogió impulso hacia arriba y, sacando medio cuerpo fuera del agua, agarró a su novia del vestido y la arrastró con él. Cuando emergieron, poco después, Natalia golpeaba su pecho con los puños:

—¡Se transparenta, joder!

—¡Mejor!

—Eres un imbécil.

Natalia se ajustó el vestido de tirantes de lino blanco.

—Te has acojonado. Venga, reconócelo. «¡Encuéntralo, Iván! ¡Encuéntralo, por Dios!».

Bosco rio a carcajadas.

—¡Te odio! ¡Te odio!

Natalia lo perdonó con una sonrisa, subió a su espalda rodeándolo con los brazos y se dejó navegar hacia la zona donde hacían pie mientras regresaban la música, los bailes y los vítores.

—¡Boscoooo! ¡Boscoooo!

Iván fue el último en percatarse de que todo había sido una broma. Vio a Bosco besar a Natalia en la distancia y salió de la piscina por el extremo opuesto. Su amigo lo llamó, pero él siguió caminando sin volverse. Atravesó el jardín y entró en la casa dejando un reguero de agua tras de sí.

—Bah, se le pasará.

Bosco tenía a su novia presionada contra el muro de la piscina, le retiró el pelo del rostro y comenzó a deslizarle los tirantes del vestido por los hombros, descubriéndole los pechos hasta la mitad. La besó en los labios, morados por el frío, y le acarició los muslos bajo el agua. Cuando se acercó a su sexo, ella lo detuvo.

—Vamos dentro.

—Chiss..., luego.

—Aquí hay gente.

Él hizo una señal y los demás bañistas se marcharon.

—No hay nadie, ¿ves?

Volvió a besarla a la vez que tiraba de su ropa interior hacia abajo.

—¡Déjame te he dicho!

Natalia lo apartó bruscamente, se sumergió en el agua y buceó hacia la escalerilla. Bosco la vio perderse en la distancia. Dudó si seguirla y se quedó en la piscina. Nadó cinco largos con rabia hasta que le faltó el aire y se tumbó sobre una hamaca con la ropa empapada. Al rato, se quedó dormido.

Era julio de 2007, el verano de la euforia. Un halo de exuberante optimismo envolvía Madrid. Las calles estaban llenas de gente que parecía tener algo importante que hacer, las tiendas de Serrano restringían la entrada por exceso de aforo y los pases para el cine, los conciertos y los toros se agotaban con semanas de antelación. La bolsa llevaba años disparada, las empresas obtenían beneficios récord y el desempleo estaba en mínimos. Si al país le iba bien, a las familias de La Moraleja les iba aún mejor. Mucho mejor. La fiesta del veinte cumpleaños de Bosco Zabala reunía a los hijos de los propietarios de las grandes inmobiliarias que vendían sus promociones de pisos sin haber puesto el primer ladrillo, de los abogados que negociaban adquisiciones y ampliaciones de capital, de los dueños de la prensa que se expandían a la radio y la televisión, de las viejas aristocracias y de las nuevas, forjadas en el *boom* económico. Por debajo quedaban unas clases medias y bajas que, gracias a bancos como el de los Zabala, veían a su alcance sueños antes inimaginables. El cliente entraba en una sucursal de BanKapital con una aspiración material y salía con el dinero para satisfacerla. La vivienda, el coche o las vacaciones en el Caribe. Porque todo el mundo, de repente, viajaba al Caribe. En el máximo apogeo de aquel éxodo turístico, una docena de vuelos chárter hacían a diario la ruta Madrid-Punta Cana. La deuda del Estado y de los particulares crecía sin parar y adquirió proporciones nunca vistas, pero se afrontó sin preocupación. El riesgo de impago solo existía si las cosas se torcían, una posibilidad inimaginable.

La elite juvenil se divertía sin límite, a la espera de que llegara su turno de decidir los destinos del país. Iban a los mismos colegios; pertenecían a los mismos clubes; se ennoviaban entre ellos; empezaban sus carreras en las empresas

de los amigos de sus padres, que a su vez colocaban a los hijos de otros amigos. Lo tenían todo para triunfar: dinero, privilegios, formación, contactos y ningún remordimiento. Mientras los de abajo creyeran que una parte de aquella prosperidad les correspondía, aunque fuera pequeña, los demonios del resentimiento y la fractura social quedarían a resguardo. Existía el convencimiento de que, al fin, el sistema trabajaba para todos. Si el piso adquirido dos años antes valía un tercio más; si bastaba con pedir un crédito para pagarse las vacaciones a República Dominicana; si los hijos recibían la educación universitaria que sus mayores nunca obtuvieron; si el obrero, el camarero o el taxista también se subían al tren de las oportunidades, aunque fuera en segunda clase, qué importaba que un grupo de elegidos viajaran en el vagón de primera. El país era feliz sin saberlo.

La fiesta de La Aurora se había trasladado al interior de la casa. Alicia Montal, hija de los dueños de bodegas Montal, y Susana Miranda, sobrina de los marqueses de Solsona, yacían en bikini sobre la alfombra de Cachemira del salón, con siete chupitos de tequila cada una sobre sus vientres desnudos. Sus novios, Germán y Mario, de rodillas frente a ellas, con las manos detrás de la espalda y los torsos desnudos tras el intento de rescate de Bosco en la piscina, esperaban la señal.

—Tres, dos, uno... ¡Ya!

Los dos jóvenes agarraron el primer vaso con la boca, echaron la cabeza hacia atrás y se tragaron el líquido. Repitieron la acción una segunda, después una tercera vez... A su alrededor, sus amigos los animaban y marcaban sus apuestas arrojando billetes de cincuenta euros sobre los cuerpos semidesnudos de las chicas.

—¡Cien pavos por Germán!

—¡Mario, Mario, Mario!

Los dos rivales llegaron empatados a falta de una bebida cuando Alicia se movió y derramó el último vaso. Mario levantó los brazos en señal de victoria y Susana se colgó de su hombro, como si su novio hubiera ganado una etapa en el Tour. Intercambiaron una mirada cómplice, se cogieron de la mano y bajaron las escaleras que daban al sótano, donde quedaba la sala de juegos, con el billar español y la pantalla de cine.

Las demás parejas, estables y ocasionales, los imitaron.

En el ocaso de las fiestas de Bosco Zabala, los invitados se perdían en los baños, con sus resbaladizos suelos de mármol; en la bodega, donde la familia guardaba dos mil botellas de vino ordenadas por añada y procedencia; en la pista de pádel, donde Lorenzo Zabala recibía dos veces a la semana lecciones de la campeona argentina Stella Rinaldi; en la cochera, en la caseta del jardinero o en la piscina. Solo la habitación principal de la casa estaba vedada a los encuentros amorosos: ENTRA BAJO TU PROPIO RIESGO, decía el cartel que colgaba de la puerta, escrito a mano por Bosco.

De niño, también él había tenido prohibida la entrada a aquella estancia, una norma que solo transgredió en ausencia de sus padres. Atraído por una irresistible sensación de culpa, abría la puerta del dormitorio con sigilo para cerciorarse de que estaba vacío y fisgoneaba en los armarios, cajones y altillos. Podía pasar horas en su interior. Las demás habitaciones de La Aurora habían sido renovadas con el paso de los años, pero el dormitorio principal mantenía la atmósfera cálidamente rancia de un matrimonio languideciente. La cama, de caoba con cuatro postes y ca-

becero en forma de bóveda, estaba presidida por un crucifijo sobre el que colgaba un rosario; el suelo, de roble americano, adornado por recargadas alfombras persas; las cortinas, con un ligero tono marrón, bordadas con motivos florales; y el techo, acristalado con espejos tintados que le daban cierto aire a *suite* de Las Vegas.

Junto a la ventana había un tocador con un espejo y las cremas, pinturas y colonias de María Zabala. Bosco escogía entre los frascos atraído por sus formas y el color de los líquidos, se perfumaba unas veces con Chanel N.º 5 y otras con Baccarat Rouge, mezclaba un poco de Jar, que tenía el color de la miel, o se añadía unas gotas de Les Larmes, con su pequeño frasco en forma de pirámide. Si solo se ponía una pizca de cada una de aquellas fragancias, nadie advertiría que había incumplido la prohibición de entrar en la habitación. Tardó tiempo en darse cuenta de que el aroma que desprendía lo delataba y que sus incursiones solo eran un secreto para él. Le gustaba oler a su madre. Apenas la veía, siempre ocupada con los asuntos del banco. Aquellos perfumes se convirtieron, durante su niñez, en una manera de sentirla cerca.

Bosco Zabala despertó cerca de las cinco de la mañana y se encontró solo en el jardín. El DJ y las gogós se habían marchado. No quedaban invitados. Lo rodeaban el caos y el desorden de una batalla campal. Zipi y Zape, los dóberman de la casa, lamían los restos de los vasos esparcidos por el suelo.

—¡Putos borrachos! —gritó arrojándoles una botella vacía.

Los perros desaparecieron en la oscuridad.

En un fogonazo de claridad, pensó que necesitaría la ayuda del servicio de La Aurora para restaurar la normali-

dad antes de que sus padres regresaran en tres días. Les pagaría una propina por la limpieza. Y por el silencio.

Se levantó pesadamente y caminó hacia el porche, miró por la cristalera que daba al salón y vio los cuerpos derrotados que se esparcían por el suelo, los sofás y las alfombras. Entró y se sentó en el sillón de lectura de su madre, junto a la chimenea. Contemplaba orgulloso el desenlace de la noche cuando vio que Natalia bajaba del segundo piso, recién duchada y vestida con ropa prestada de su armario, unos pantalones deportivos y un jersey que le caía por debajo de la cintura. Fue hacia ella y la rodeó con el brazo. Natalia lo apartó, irritada.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Bosco.

—Nada, quiero irme a casa.

—¿A casa? Pero... esto no ha hecho más que empezar —despertó de una patada a uno de los invitados que dormía boca abajo sobre la alfombra—. Si nos damos prisa llegamos a Oh antes de que cierre.

Natalia buscó la complicidad de los demás para dar la fiesta por terminada.

—Estás puestísimo. No puedes conducir.

—Nah, estoy bien.

—Suficiente por hoy, ¿no?

—Te digo que estoy...; mira.

Bosco intentó caminar en línea recta, zigzagueó y tropezó. Se incorporó, apuntó su pulgar hacia la nariz y levantó la pierna para tocársela con el índice. Volvió a desequilibrarse y esta vez se dio de bruces con la mesa del salón.

—Estoy de puta *made* —balbuceó.

Iván Moncada apareció poco después y dijo que también se marchaba. Bosco se acercó a él.

—Ey, ¿sigues *cabeado* por esa gilipollez de la piscina?

—No, es solo...

—Mi novia y mi mejor amigo *cabeados*. ¡En mi puto cumpleaños!

Iván aceptó a regañadientes un apretón de manos. Su amigo lo atrajo hacia sí para abrazarlo.

—Eres un capullo, ¿sabes?

—Está bien, pero este capullo se va a casa. Mañana tengo partido.

—Te quiero, tío. ¡Es mi cumpleaños!

—Tu cumpleaños fue hace un mes.

—Una copa y a casa. Venga, no me puedes dejar solo.

—Ya te lo he dicho, mañana tengo partido.

—Eres un *mielda*, ¿sabes? El tenis es un deporte de maricones. —Se abrazó a su amigo patosamente. Hablaba con frases trabadas y la boca empalagosa—. Perdona, tío, no quería... Ya sabes que soy un idiota. Lo admito. Sabía que me salvarías. Siempre me salvas.

—La próxima estás solo. Me tienes hasta...

—Es nuestra última jodida noche antes de..., no sé, antes de algo. ¿Qué me dices? Venga, venga, venga... Te lo pido de *rodilas*. ¿Eso quieres, mamón?

Bosco se arrodilló ante Iván, que dejó escapar una sonrisa.

—Por favor, una más.

—Vale ya, pesado. Una copa y a casa. ¡Júramelo!

—Miradlo bien, chavales. El puto amo... Iván *Mocada*. *Morrada*. El Monca. Sí, sí... Prometido, una copa y retirada.

Bosco sacó su BlackBerry del bolsillo y marcó el teléfono de Romeo, el relaciones de Oh.

—En veinte estamos allí. Lo de siempre, sí.

Colgó y arengó al resto.

—¿Quiénes somos? Vamos, chavales, ¿quiénes somos?

—¡Los salvajes! —respondieron.

—¡Eso! Monca, ¿quiénes somos?

—Los... salvajes —repitió Iván desganado.

—¿Qué nos gusta?

—¡El peligro!

Corrieron hacia sus coches. Alicia, Susana, Germán y Mario subieron a un Golf GTI rojo; otro grupo formado por Roberto, Jaime, Raquel y Laura a un BMW serie 3 descapotable; Bosco e Iván al nuevo Aston Martin DB9 plateado que los Zabala le habían regalado a su hijo por su cumpleaños. Natalia hizo un último intento de disuadirlos y buscó la complicidad de Iván, que lanzó una mirada autoexculpatoria. «Lo sé, pero no puedo hacer nada», parecía decirle.

—¿Subes? —preguntó Bosco, abriéndole la puerta del deportivo a su novia.

—Id vosotros, estoy cansada.

—*Darling* —Alicia y Susana se disculparon con su amiga—, ¿no te enfadas si vamos?

—Pero mañana vamos al centro, ¿eh? Antes de comer.

—Guay.

Natalia se acercó al Aston Martin.

—Al menos deja que conduzca Iván.

Bosco dio varios golpes al acelerador para silenciarla, accionó la puerta corredera de la entrada y, sin esperar a que se abriera del todo, enfiló el Camino Alto de La Moraleja mientras agitaba una mano al aire en señal de despedida. Los demás siguieron la estela del Aston Martin, perdiéndose entre las sombras de la madrugada.